

Para morirnos del tedio

Para decirle adiós a mamá

Darío Ruiz

Editorial La Oveja Negra, Bogotá, 1985, 151 págs.

Para decirle adiós a mamá es el título número 49 de la colección Biblioteca de Literatura Colombiana, editada por La Oveja Negra. Darío Ruiz (Anorí, Antioquia, 1936) ha publicado libros de poemas, cuentos y novela. Sus textos sobre cine, pintura, teatro, arquitectura y muchos otros temas se difunden a menudo en suplementos y revistas. Es conocido profesor universitario. Lleva, pues, un largo recorrido por entre palabras.

Para decirle adiós a mamá trae 151 páginas asfixiantes, llenas de palabras apeñuscadas, casi sin margen, vicios conocidos de La Oveja Negra. Son once textos llamados tan bonito como *Una noche cualquiera mientras llueve*, *Para los días de invierno*, *Con las mujeres de la tarde*, *Para que siga la noche*, títulos con reminiscencia de Italo Calvino. Textos con estos títulos, ¡y nos dan una sorpresa! Sabor a sordidez, condimento repetido en su lenguaje, en su literatura. Textos que no se montan en el columpio para alcanzar el vaivén. Historias nacidas del profundo miedo de la relación entre los sexos, relaciones imaginarias que se evaporan como en los sueños. Hombres envueltos en pedazos de relaciones familiares, seres sin otra cosa en común que una vida pesada y oscura, padres, madres, hijos, esposo, esposa, amantes. Hombres con “un profundo miedo a que llegue la noche”.

Los personajes son fríos, gélidos, se quedan ateridos y yertos, para usar el mismo lenguaje tremebundo de Darío Ruiz.

El protagonista, un ser cursi y ordinario hasta la repugnancia, es el hombre abrazado por una inmensa soledad, abandonado por todos, por las mujeres reales después de una noche de sexo y por la de sus sueños al despertar de la vigilia; oloroso a sudor y con un corazón melancólico

siempre embolatado en la ilusión del alcohol. Ese ser que se pregunta: “¿Qué sintieron acaso las aves al descubrir al primer colombiano graduado?”.



El protagonista de las situaciones narradas es uno, niño o adulto, pero es muchos: el camionero orgulloso de su profesión porque dignifica el peligro, de *En la carretera*; el narrador o José, en *Durmiendo en el suelo*; Sergio o su padre, en *Antes de la ciudad*; en fin, todos ellos, que mueren en vida en la ciudad, en Medellín, o se meten al mar en Tolú y viajan por la carretera de Santa Helena bebiéndose el paisaje de lejos, los anturios, y mascullando su desazón y su tristeza; lejanos de la mujer que aún no ha regresado de la universidad, o del triunfo social de la que abre la *boutique* o la charcutería, y cercanos a la empleada doméstica pero sólo en sus sueños eróticos. Tipos que viven el emerger de una clase, duermen el sopor de un plato de sancocho, que lo único que aman es el burdel, confundiendo el olor del amor con el olor a cilantro, sin distinguir entre el amor y hacer el amor, porque el verdadero goce lo aprendieron en Lovaina a cambio de dinero. Seres con esa necesidad de conocer el secreto íntimo de las mujeres y que se mueven entre la política y los puestos oficiales. Personajes sin pasado y sin futuro, que viven la ausencia de la comunicación, de la amistad y del amor, las mujeres que ellos aman no los aman.

Seres anodinos. Hombres envueltos por el fantasma de los celos; que roncan y se emborrachan hasta llorar. Hombres destinados a seguir viviendo entre la débil ilusión de un trago de aguardiente y la lascivia de una eyaculación. Hombres impregnados de un miedo a la vejez, que tienen relaciones extraconyugales en cualquier motel o en el de siempre. El viejo padre tierno y blando en su familia, nidito de amor, orgulloso de su hijo que “ya puede sostener una conversación sobre la situación política del país”, ese padre que con tristeza descubre a su hijo homosexual. El profesional abandonado por la esposa, que se queda sin costumbres, remordiéndolo su culpa, buscando errores, pensando en los recuerdos y en pedazos de ella, sólo con la presencia del gorrito rosado que cubre el rollo de papel higiénico. Seres que sólo aman imágenes de mujeres sin corazón, con tetas y con pubis, desvanecidas en habitaciones mustias.

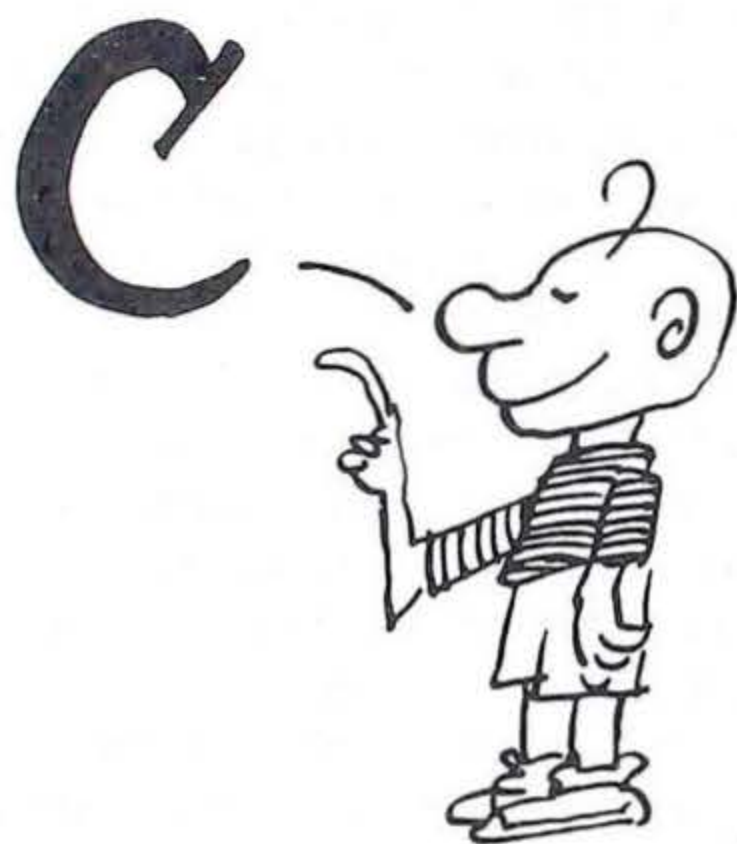
“Su corazón desventurado por la duda de no saberse en nada, de no incluirse en ningún proyecto personal, aun cuando esa sensación no lo conducía realmente a la desesperanza sino a la certidumbre de ser un tipo a quien echan de una excursión por aburrido, a quien rehúyen los amigos por pelmazo” (pág. 109).

El narrador, a veces adentro, a veces afuera, adentro para contar, afuera para no afectarse, para que todo les suceda a ellos, a los otros, a los personajes, a él mismo desde afuera. La narrativa es pesada, los viajes interiores son vagos y plurales, ajenos, bien podrían estar casi en cualquier texto, no importa que sea aquel o éste. Se hace necesario realizar un esfuerzo para atravesar los textos, para morder los párrafos de páginas enteras y malucas, con las palabras más feas de todo el diccionario, sus metáforas: “el ombligo hundido como un estoperol oscuro” (pág. 122) y los diálogos desprendidos de sus personajes. Con todo eso crea un ambiente pesado que refiere y construye la nada en que se mueven, la angustia y el tedio, sus realidades.

Pero es precisamente cuando se sale de la estructura pesada del tedio, de las parrafadas largas y apretadas,

cuando Darío Ruiz escribe *Cuando el sol aún en la mañana*. Corto, sencillo y bonito, también con tedio, desamor y soledad. Después del párrafo inicial abre con un diálogo simple y tierno, cierra el texto con el mismo diálogo, Beto llora; seguro tiene el mismo miedo de su padre. Redondea la historia y la entrega bella y sin la sofisticación y el tedio que produce el resto de los textos. Una cosa es escribir el tedio, otra morirnos del tedio leyéndolo.

DORA CECILIA RAMIREZ



Lo efímero y lo perenne de la literatura y el papel

Balón y pedal (notas sobre deportistas)

Daniel Samper Pizano

Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá, 1986, 158 págs.

Después de haber sido comerciante, político tráfuga, libelista a sueldo de partidos opuestos, agente secreto y periodista, casi a los sesenta años, Daniel piensa que es hora de llevar una vida más serena y se dedica a escribir historias. No porque hubiera sentido el llamado de las musas ni porque la inspiración se le hubiera convertido en ventarrón, sino porque

quería ganar dinero trabajando sentado en su propia casa.

Desconocía los preceptos literarios, escribía más de tres mil páginas al año y representaba meticulosamente los oficios de su clase, la burguesía, para que las lectoras se reconocieran en sus libros. Si los editores pretendían que revisara la obra, se hacía pagar el doble por cada página escrita; de lo contrario la entregaba así, como iba saliendo de su pluma de ganso y de su mano, sin quitarle ni ponerle nada, sin corregir incoherencias (que le importaban un comino), ni borrar repeticiones (que eran la salvación de sus lectores semianalfabetos). De esta manera desenfadada, antirromántica, Daniel, Daniel Defoe, contribuyó a inventar un nuevo género: la epopeya burguesa, la novela moderna.

Si el libro de Daniel Samper hace venir a la mente a Defoe no es solamente porque sean tocayos. Los une el periodismo, el hecho de que ambos se hayan ganado el paté de ganso gracias a sus plumas y, sobre todo, la confianza en las palabras, la convicción de que las letras son un instrumento idóneo para atrapar la realidad.

Tal vez esta confianza, en Samper, sea aumentada por la tranquilidad de estar escribiendo algo verdadero, real, copiado de un modelo que está al frente, y no extirpado con dificultad a fuerza de imaginación o de memoria. Si este siglo ha llevado la literatura a extremos de desconfianza tales que la única producción literaria que se considera actual es la de la incommunicabilidad, a lo mejor el refugio ideal donde se puede mantener vivo el antiguo placer de contar y oír historias se encuentra, precisamente, en el periodismo.

Esto se debe, entre otras cosas, a que el periodismo no siente el pavor a la inverosimilitud. Su ejercicio no incluye la preocupación o el trabajo para convencer a los lectores de que se les cuenta algo posible (o algo que funciona porque es coherente con cierto universo imaginario), pues los lectores, de antemano, confían en que van a leer hechos y no sólo palabras. El intento, a veces, es completamente opuesto: tratar de hacer parecer imposible lo real. En el periodismo

las palabras son todavía un instrumento, una herramienta, como lo eran para Defoe, y no un fin, como lo fueron para Góngora o como lo son para gran parte de los escritores contemporáneos.

Sin embargo, leyendo estos fragmentos de vida, estos episodios de vidas reales (que en literatura serían posibles pero inverosímiles, mezcla que ya Aristóteles aconsejaba evitar), que no son fruto de la invención sino del calco de la realidad (periodismo es a fotografía como literatura es a pintura), leyéndolos, repito, surge la sospecha de que algunas de estas crónicas, nacidas como periodismo, se estén convirtiendo imperceptiblemente en cuentos, en leyendas, en capítulos que pertenecen más a la literatura que a la historia.

Sólo el profeta Daniel, intérprete de sueños, podría decirnos sin equivocarse cómo evolucionará la lectura de estas *notas sobre deportistas* con el pasar de los años. De todas formas es un hecho que ya hoy mismo, para algunos lectores jóvenes, el nombre de Oswaldo Pérez es tan ficticio como Lázaro de Tormes o Guzmán de Alfarache. Es como si, con el tiempo, las crónicas perdieran su nexo inmediato con lo real y se despojaran de su precariedad, ese pecado original del periodismo que se hace para durar un día, lo que dura un diario.

En su nota *de balón* (que nos sorprende al empezar con cuernos) y en la mayoría de las notas *de pedal*, el humor, la agilidad y aun la ternura de Samper nos hacen notar que en estas crónicas las palabras se están independizando de su relación directa con las cosas (con un referente concreto, histórico) y van creando un mundo aparte donde nos divierten, alegran, conmueven, sin que nos interese su verdad o su mentira, sin que nos importe que el nombre del personaje sea también el de una persona.

Creo que esta sensación, con el añejamiento del alejamiento, está destinada a acentuarse. Las ganas de contar y de escuchar historias no se acaban nunca y a veces la literatura —incluso la mejor literatura— de los últimos años, tan apartada del arte figurativo, tan abstracta, conceptual,